

medios, es tan diverso de Roldan y los Doce Pares, que solo se les asemeja en algunos accidentes; por eso el rey Don Pedro de Castilla, apoyado por la clase media y la popular reprimia fuertemente á los grandes, y los castigaba remedando á los califas del Oriente, mas bien que sucumbir ante ellos como los débiles monarcas de los países feudales. Si lo que con mas ó ménos exactitud hemos deducido del estudio histórico de las costumbres castellanias en la época que recorremos fuese cierto, resultará que la literatura caballeresca de los hombres del Norte careció de base sólida y permanente en las costumbres y hábitos de los españoles, y que fué facticio el furor con que en el siglo xvi se lanzaron nuestros poetas y narradores á la imitacion y propagacion de los libros de caballería, cuyo tipo fué el *Amadis de Gaula*. Contando pues con lo expuesto, puede explicarse y concebirse muy bien que semejante extravío parcial debió ceder ante el ingenio de Cervantes y del espíritu satírico y de parodia que predomina en el *Quijote*, el cual es á la par el verdadero tipo de la sociedad española de su tiempo, contrapuesto á la facticia situacion representada por la exótica y loca idealidad de los Esplandianes y Palmerines, que por sernos tan extraños no hallaron un poeta privilegiado, un grande ingenio que, como el Ariosto, de las fábulas y tradiciones carlovingias produjese una de aquellas epopeyas célebres que atraviesan las edades. Y en efecto, ¿qué épocas, qué circunstancias de nuestra verdadera civilizacion retrataban los Amadises? ¿Qué tipo necesario y popular de ellos existió entre nosotros? ¿Cómo, sin él, pudieran dar mas resultados que serviles y disparatadas imitaciones? El caballerismo exagerado é inútil de los Amadises solo pudo representar á los hombres de corte cuya caricatura fué *Don Quijote*. Además, en prueba de que las expresadas fábulas no tenían el sello de nuestra verdadera y arraigada civilizacion, de que no salian de nuestras entrañas, basta considerar que, aun siendo nosotros los autores de ellas, obtuvieron mas boga y celebridad en los países extraños. Así debió suceder en aquellos donde, por ejemplo, representaban recuerdos de un sistema civil y político, cuyos males y bienes habian experimentado muchos siglos. Aceptadas estas conjeturas, fácil será adivinar la causa de ser tan corto el número de romances viejos tradicionales que poseemos, cuyos asuntos provengan de las crónicas caballerescas bretonas, carlovingias y greco-galas. Algunos mas aceptamos de las segundas, sin duda, porque respiran odio, guerra sin fin contra los moros; y porque presentan la parte que en ella tuvieron los franceses y la rivalidad de gloria entre naciones fronterizas, que existe siempre por mas que los intereses y creencias sean parecidos. La crónica latina de Turpin, cuyo autor, procedencia y época son inciertos, ya se la tenga por original, ó ya por resumen y reunion de tradiciones populares, fué el manantial de donde despues surgieron tantas fábulas históricas como se ven en los libros y poemas que tratan de Carlo-Magno. Escrita en sentido monacal, llena de aquellas supersticiones y de aquellas ficciones piadosas que desarrollan el fanatismo, ó el vigor de las almas para esperar la victoria de Dios, ó para tranquilizar la conciencia en la hora de la muerte ó del martirio, no solo fué simpática al país donde nació, sino á toda la Europa empapada en la fe y creencias que promulgaba. Así es que, á pesar del espíritu feudal que ella respira, por el religioso y devoto que contiene, la prohibamos, mas que á otras, para servir de texto en nuestros romances, y de elemento con que inventar en Bernardo del Carpio un héroe español que contraponer al Roldan de los franceses, y aun tal vez para desfigurar á nuestro Cid, tan noble, tan puro y tan español en su primitiva esencia, tan solo una vez desmentida, pero con muy justa causa, cuando desterado, extrañado del reino, y separado de su rey, este quiso apoderarse de sus

conquistas en Valencia y cobrar los tributos que el Cid por su cuenta y á su costa y expensas habia ganado.

Si difícil nos ha sido construir un sistema conjetural acerca del influjo y de la parte que tuvo el espíritu de la poesía caballeresca feudo-oriental sobre nuestra literatura, no lo será ménos entrever las causas por qué los países del Norte, ántes que nosotros, se apropiaron las fábulas y la mitología del Asia (15). Los romances moriscos, que nos parecen el resumen de la poesía arábigo-hispana, son muy posteriores, no solo á los libros caballerescos franceses y á algunos poemas italianos de su clase, sino aun á los romances cuyos asuntos de ellos aceptamos (16).

(15) La invasion de las tribus caucasicas, setenta y tres años ántes del nacimiento de Jesucristo, bajo las banderas de Odín Sigeo, habia empezado á orientalizar el norte de la Europa, que ante la inteligencia superior y las armas vencedoras de aquel caudillo aceptó una religion llena de entusiasmo, que participaba mucho de las creencias y de la imaginacion asiática. Pero como la base de las modificaciones aceptada por los pueblos escandinavos se fundaba en un estado salvaje, idólatra y sin cultura de ninguna especie, el espíritu oriental obró de otra manera, y produjo efectos diversos que los que el mismo espíritu creó en los tiempos feudales y cristianos. Séase lo que se quiera, y mírese la cuestion bajo cualquier aspecto, la Europa cristiana, sin la invasion de Odín, anterior á Cristo, sin las cruzadas y sus efectos, como lo ha dicho y probado M. Vilemain, estaba predestinada á aceptar en su literatura, en sus costumbres y en su civilizacion, los elementos del espíritu del Asia. Los libros sagrados, los Evangelios, ¿qué eran sino obras propagadas desde el seno del Oriente? ¿Y cómo los pueblos habian de rehusar aquello mismo con que se educaban, aquello mismo que creian y adoraban?

(16) Difícil, si no imposible, será explicar cómo habiéndonos visto en contacto inmediato con los árabes mucho tiempo ántes y algunos siglos despues que las otras naciones; cómo habiendo vivido entre ellos la inmensa mayoría de la antigua nacion; cómo habiendo esta aceptado la lengua de sus conquistadores, asistido á sus escuelas, estudiado sus libros y participado de sus costumbres, solo tal vez en los palacios de los reyes cristianos, y no en la poesía popular, se hallan algunos vestigios de la ciencia que los moros cultivaban. Sin embargo, esta es la verdad, si documentos perdidos para nosotros no aparecen para desmentirla (*). ¿No es, por ejemplo, un fenómeno increíble que los libros sanscritos de la India, tan conocidos de los árabes, no los recibiésemos de ellos por medio de los cristianos muzárabes, sino que se nos comunicasen por conducto de traducciones ó imitaciones confeccionadas en el norte de Europa? ¿Será que aquellos cristianos se olvidasen ó desdenasen el latin degenerado y el romance

(*) Acaso pudiera inducir á creer en un sistema poético propio de los españoles-árabes, la existencia de algunos libros escritos en caracteres árabes, que se supone haber en la biblioteca del Escorial. Ninguno de ellos he visto ni conozco; pero sí uno de igual clase que pertenece á la biblioteca Nacional de Madrid, el cual es un poema de Josef, el hijo de Jacob. Está escrito en versos de la misma clase que el poema del Cid. El texto bíblico se halla convertido en fábulas del Alcoran. Inverosímil fuera, pero podría tambien decirse que los árabes y moros venidos á España eran tan ignorantes cuando la ocuparon, ó poco ménos, que los españoles, en cuyo caso aun pudiera creerse que estos aceptaron de aquellos su poesía, tan poco poética; pero ¿y despues que establecidas las escuelas árabes de Córdoba, etc., los españoles las frecuentaron?

bárbaro que se hablaba en las montañas de Asturias y de Leon? Aunque extraño, no es ménos cierto que hasta muchos años despues que comenzó el siglo xv, no se hallan en nuestra literatura popular profundos vestigios de aquella poesía tan brillante en color, tan rica, pródiga y risueña en imágenes, tan audaz en metáforas y comparaciones, tan llena de ensueños dulcemente melancólicos vagorosos y aéreos, y tan ferviente y luminosa como el sol que domina el suelo donde nace. Verdad es que cuando transportada del Oriente á Francia é Italia por los cruzados, se inoculaba en los libros caballerescos y en los poemas de los troveras, nosotros aceptábamos aquella parte metafísica y sutil que se introdujo entre los trovadores catalanes y provenzales. Imitáronla felizmente los poetas cortesanos del rey D. Juan II de Castilla; pero la rechazaron los cantores del pueblo. Mientras la gente del comun oía y escuchaba en boca de estos últimos los romances viejos, la trompa del Dante, la lira del Petrarca no tenían eco fuera del palacio de los reyes ó del círculo de sus grandes y cortesanos. Los libros de cuentos y fábulas sanscritas, transmitidas por los antiguos persas idólatras á los modernos mahometanos, pasaron á los árabes, que los refundieron y adaptaron á su nueva religion y costumbres. Esta clase de literatura se introdujo en el Occidente por medio de traducciones ó remedos hechos en griego, hebreo ó latin. El Pantchatantra indio, conocido por el título de *Fábulas de Pilpay* ó *Bidpay* y por el de *Calila y Dimna*, pasa por dichos trámites, y su traducción ó imitacion latina la publicó el judío converso Juan de Capua, en el siglo xiii. De esta traducción obtuvimos la castellana en el *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, impresa en Búrgos, año de mccccxviii. Sospechase además que existe en el Escorial un códice del dicho siglo, que es una traducción del *Calila Dimna*, hecha sobre otra en latin, anterior bastantes años á la de Capua. Tenemos pues una prueba de que en este tiempo nuestros sabios conocian las fábulas sanscritas, ya que no por conducto directo de los árabes, sí por el indirecto de las otras naciones de Europa. Extraño es que ni aun así se vulgarizasen y popularizasen en España. Pero aun hay mas todavía: ántes que en otra parte, poseimos en latin una traducción ó coleccion de dichas fábulas. El rabino español Moises Sephardo, natural de Huesca, llamado despues de converso Pedro Alfonso, cuyo padrino de bautismo fué el rey D. Alfonso VI, escribió una coleccion de cuentos orientales con título de *Disciplina clericalis*, de la cual se aprovecharon los novelistas y poetas extranjeros, sin que ni directa ni indirectamente produjese en España el mas leve síntoma de afición popular á este género de literatura, si no que por tal se tengan las lejanas é indirectas imitaciones de ella que produjeron en el siglo xiv al conde

En los históricos primordiales nada de árabe se percibe, nada de oriental, y son tan puramente castellanos, tan sencillos y sin brillo ni colorido poético, que solo tienen de poesía en su construcción material el número de sílabas y la rima imperfecta que se les percibe. La mayor parte de ellos, excepto los fronterizos, ni aun siquiera tratan de las guerras contra los moros. Fuera de dichas causas hay otras muy poderosas, que sin duda nos impidieron crear una poesía análoga á la que transpira en los libros caballerescos. Pudiera esto atribuirse á las diferentes circunstancias que presidían en la guerra que hacíamos á los moros, y las que impelieron los pueblos feudales á intentar la conquista de la Tierra Santa. Igual era el motivo religioso y devoto que incitaba la lucha; pero nosotros peleábamos *pro aris et focis*, mientras los cruzados, seguros sus hogares, los dejaban como aventureros para adquirir extrañas tierras, para enriquecerse, ó para morir absueltos de los pecados cometidos, y de los crímenes que cometer se prometían. Los cruzados dejando atrás la servidumbre iban á buscar esclavos; nosotros aspirábamos á no serlo: aquellos querían gozar; nosotros dejar de padecer. Traslados los unos desde ásperos climas á las magníficas regiones de la Siria que los contrastaban, recibieron directamente los influjos de aquel suelo feliz, observaron su rica naturaleza, imitaron sus costumbres y su lujo, aceptaron en gran parte sus ideas, y hasta su poesía se apropiaron. Amarrados nosotros al suelo natal reducido á un pequeñísimo círculo; obligados á amurallar con nuestros pechos, á ensancharle lentamente y á costa de sangre; atentos á conservar lo ganado y á recuperar lo perdido, en ello y no en imitar el lujo, ostentación y cultura de los enemigos, teníamos que emplear el tiempo y las fuerzas. Los cruzados al fin, aunque vencidos fuesen, tenían detrás de sí su vieja patria,

Lucanor y á las poesías del arcipreste de Hita, que se redujeron á circular, no entró el pueblo iletrado, sino entre los hombres cultos. Hasta en el siglo xvi se nota entre nosotros la escasez de las fábulas orientales, y las pocas que obtuvimos fueron meras traducciones de los novelistas italianos, observándose además que hasta el siglo xix no logramos mas de una sola y única traducción de las célebres *Mil y una noches*, que en el anterior ya corrían la Europa entera. Cuanto mas se examina la propuesta cuestión sobre las causas de que recibiésemos tan tarde é indirectamente el influjo de las fábulas sanscritas, viviendo, como vivíamos al lado de un pueblo de una raza oriental, mas difícil es el adivinarla. ¿Será que los cultos árabes españoles despreciaron ó desconocieron una literatura tan acomodada á su carácter, como extendida y cultivada entre sus hermanos y correligionarios del Oriente? ¿Será que ni entre aquellos ni entre nosotros se escribieron los cuentos y novelas, ni las poesías de aquel género, y que solo se conservaron oralmente? Pero ¿cómo pudo así suceder, si son tan amenas, tan divertidas, tan simpáticas con el espíritu humano, tan llenas de creaciones maravillosas, tan dulces y entretenidas, que una vez lanzadas entre el pueblo, es imposible que este no las acepte con entusiasmo? Yo me acuerdo que en mi niñez, en mi edad adulta, y aun ahora en mis viejos años, oía y oigo en boca de las ancianas rudas una multitud de estas narraciones, con un inmenso placer, y que aun excitaban mi anhelosa curiosidad. Pero ¿en qué tiempo nacieron? ¿cuándo se popularizaron? ¿por qué no se convirtieron en romances, ni se han escrito? ¿por qué solo se conocen por tradición oral de abuelos á nietos? Eso es lo que yo no sabré decir; mas afirmaré desde luego que hay algunas muy

antiguas, en extremo antiguas, y que no se halla de ellas vestigio en libros, ni en códices, ni en documento escrito. ¿De dónde nos vino el cuento de la reina convertida en paloma? De dónde el del negro Gafitas de la Luz, cuya amada, perseguida por sus padres y sometida á trabajos imposibles, llamaba á las aves, que con sus lágrimas lavaban y con sus picos planchaban la ropa que la joven debía preparar? El primero parece un remedo de un cuento árabe, y el segundo una imitación del episodio de Psichis y Cupido. Pero hay otros muchos de cuya sustancia me acuerdo, y que á pesar de mi mucha lectura y de mis investigaciones porfiadas, no me ha sido posible hallar los tipos originales de que proceden. Varias veces he intentado formar una colección de ellos; pero me ha desviado de esta idea la de que no podía prescindir de mi propio pensamiento, y que entonces mi obra sería poco ménos que inútil al fin á que aspiraba. Y en verdad esta obra no contendría de antiguo y genuino mas que el argumento de cada narración; pero ¿y el estilo? Y los incidentes? Y los accesorios? ¿A qué modelos acudiría para imitarlos, cuando se ignora hasta las épocas de donde proceden los originales? Narrar estos cuentos como lo hacen las ancianas, sería tener que repetirlos de mil maneras diferentes, pues aunque en sustancia el asunto esencial de cada uno sea el mismo, en los accesorios y en la expresión, cada persona que los cuenta se constituye en autora, y quita ó añade, ó tergiversa los hechos y las formas; rehacerlos á mi modo, sería producir una obra mía, y privada del interés y espontaneidad antigua que los pudiera hacer interesantes como populares y documentales. Lo mejor parece pues renunciar á una empresa tan difícil, y así lo hago.

y nosotros no vencedores carecíamos de asilo, perpetuábamos la esclavitud que nos oprimía ó amenazaba.

Todo cuanto va expuesto, aunque en parte sea conjetural, es sin embargo producto de un estudio comparado de la historia y de la literatura de aquellos países cuya lengua conozco. Acaso lo que digo respecto á la de nuestra patria pudiera comprobarse, observando que luego que cesaron las circunstancias que impidieron el desarrollo de cierta clase de ideas; luego que poseímos tranquilos el país donde recibimos el sér; luego que, aun olvidada la libertad política, empleamos el vigoroso impulso que nos diera en cultivar las ciencias y las artes de imaginación y de lujo, no solo entramos de lleno en la senda que ántes desatendimos, sino que igualamos y aun excedimos á las demás naciones que en ella nos precedieron. Nuestro país en los siglos xiii y xvi no tuvo que envidiar á otro ninguno en cultura, en civilización, ni en poderío.

Las secciones de este *Romancero* son:

Primera. La de caballerescos sueltos y varios. Es la mas interesante, porque casi toda se compone de romances de época tradicional; porque se aproxima mas al orientalismo que recibimos inmediatamente de los árabes; porque aun así carece de pretensiones literarias; porque expresa bien y sencillamente las pasiones íntimas y las creencias populares; porque está libre de exageración y de ampliaciones estudiadas; porque es mas dramática que las otras, y en fin porque conserva ciertas tradiciones de creencias orientales que proceden, ó han dado origen á aquellos cuentos maravillosos, que en el hogar doméstico entretenían largas horas á nuestros antepasados. Algunos de sus romances son quizá los únicos vestigios en que se presenta mas puro y ménos modificado aquel espíritu narrador, aquella necesidad, tan irresistible entre los pueblos del Oriente que carecen de teatro, de pasar las largas horas de la vida escuchando cuentos poéticos que las hagan apacibles. La mayor parte de ellos parecen fragmentos de largas historias que no han llegado completas á nuestra época, si no que sea en las fábulas orales, que las ancianas suelen referir aun á los niños y gente crédula: fábulas en todo muy semejantes en su esencia y en sus formas á los cuentos maravillosos que los árabes nos han transmitido, como los aceptaron de otros pueblos mas antiguos del Asia.

Segunda. La de los romances de los libros caballerescos que tratan de los Galogrecos. Los tres primeros solamente se refieren á Amadis, y pueden tenerse como compuestos en la primera mitad del siglo xvi. Es muy extraño que habiéndose difundido tanto la lectura de estos libros, sean tan pocos los romances viejos que se compusieron sobre ellos. El resto de los de esta sección son de muy poca importancia bajo el aspecto histórico y literario: su utilidad se ciñe á conservar fábulas y tradiciones que se perdieran por la escasez y rareza de los libros donde están consignadas, y que contienen datos para juzgar de una época de nuestra literatura.

Tercera. La de asuntos tomados de las crónicas bretonas. Solo hay en ella tres romances: dos de Lanzarote y uno de la interesantísima novela de *Tristan de Leonis*, tan bella, tan apacible, tan sentimental, como la de Lanzarote es alegre, picante, festiva y profana. De estas composiciones ninguna, tal como es, parece anterior al siglo xv. Las fábulas del Santo Grial, de Artus, de Merlin, de Isafas el Triste y de otros muchos: fábulas amenas, divertidas, maravillosas y llenas de interés, que casi desde el siglo x llenaban la Europa, no nos suministraron, que sepamos, siquiera un romance; sin embargo de que algunas las teníamos traducidas é impresas ántes de acabar el siglo xv. Quizá esta clase de ficciones no simpatizaba con el carácter serio, grave y profundamente devoto que nos

era propio, ni teníamos preparada la imaginación para recibirlas, ni para combinar en ella los encantamientos del demonio con los milagros y brujerías. Pero ¿y después? ¿Por qué ni aun los libros traducidos ó imitados se vulgarizaron? Por qué no se reimprimieron, y por qué se han hecho los artículos mas raros de nuestra bibliografía? Fuera del Lanzarote, el Tristan y el Baladro de Merlin; no hemos visto trasladada al español ninguna de las crónicas caballerescas de la Tabla redonda.

Cuarta. La de las crónicas de los francos ó carlovingios, que trata de los hechos fabulosos de Carlo-Magno y los Doce Pares. La *Crónica de Turpin*, el libro de *Los linages reales de Francia*, el de *Los cuatro hijos de Aymon*, el de *Reinaldos de Montalvan*, el de *Los encantos de Maugis*, y otros diferentes, han dado asunto al corto número de romances viejos hechos por los juglares que poseemos sobre tales fábulas: tampoco puede atribuirse ninguno, tal cual existe en su actual redacción, á un tiempo mas remoto que la primera mitad del siglo xv, aunque una parte de las fábulas de la primera, y sus continuaciones, está consignada en la *Crónica de Ultramar*, que mandó redactar Alfonso X, el Sabio (17).

Quinta. Esta sección de romances caballerescos, cuyos asuntos se han tomado de los poemas italianos, pertenece tambien al mismo ciclo histórico fabuloso que la cuarta, cuyos originales aceptaron los ingenios de Italia para componer el infinito número de epopeyas que nos han legado. Nuestros romances de esta clase se apoderaron de los hechos que en ellas se refieren, especialmente del *Orlando furioso* de Ariosto, imitando la parte seria y desechando lo festivo, jocoso é irónico que contiene. Todos pertenecen al último tercio del siglo xvi, ó á los primeros años del xvii.

Sexta. Contiene los romances en que se trata de satirizar ó caricaturar los de las series anteriores.

OBSERVACIONES GENERALES

SOBRE LOS ROMANCES HISTÓRICOS.

En extremo interesante es esta serie de romances, considerándolos como origen de la poesía popular, si no es que se la posponga en prelación á las composiciones caballerescas. Los romances históricos importan mucho para el estudio de la historia particular, literaria, política y filosófica de nuestros mas remotos tiempos, pues apenas en otra parte se hallan vestigios del sentimiento íntimo de la incipiente sociedad que los produjo. Hubo uno en que los romances viejos, obra del pueblo, ó de los juglares por su espíritu inspirados, sirvieron de comprobantes y de texto á las crónicas, tanto que en la *General de España*, atribuida á Alfonso X, el Sabio, en la del Cid, en la del rey Don Rodrigo y en otras se hallan débilmente convertidos en prosa; y hubo otro en que las crónicas dieron

(17) Las series de libros caballerescos contienen una multitud de novelas interesantísimas, de que no tenemos romances antiguos, pero sí cuentos é historias importadas de Francia, aunque se pretenden calificar como obras de ingenios españoles. La historia bellísima y tierna de *Flores y Blanca Flor*; las apacibles y devotas de *Genoveva de Brabante* y de *Pierres y la linda Magalona*; la maravillosa de *Clamades y Claremunda*, y otras muchas de su especie, forman una numerosa biblioteca, en la cual se echan ménos, sin embargo, otras infinitas, como son la historia de *Hugon de Burdeos y Oberon, rey de las hadas*; la de *Guarino de Monglabe*; la de *Guarino*

el *Mezquino*, etc., etc. En desquite de las que nos faltan, hay un libro caballeresco *sui generis*, que no puede colocarse en ninguna de las series conocidas, y que por ser puramente de invención nuestra, es inexplicable que no haya prestado asunto á nuestros trovadores del siglo xv. Se duda si el *Tirante el Blanco* se escribió primero en catalán ó en castellano; mas si se atiende al espíritu que en él domina y el giro de las ideas que contiene, mas parece un libro hijo de los narradores lemosinos, creación del ingenio feudalizado de los trovadores, que no obra de la moda facticia que produjo los *Amadises*.

el asunto y fuéron el modelo á los poetas. En ambos casos, pero mas en aquel, estas composiciones, ya originales ó imitadas, nos han conservado los hechos, tradiciones y creencias que germinaban, crecían y se animaban al calor de las masas populares, y que retrataban sus poetas rústicos, sí, pero saturados del espíritu que les influía. Faltos de color, de brillo; de imaginación, de facilidad en el lenguaje, de orden lógico en la expresión de las ideas, y de enlace en la frase y en los pensamientos, nuestros romances de la época tradicional, que aun no siendo primitivos se acercan mucho á los originales de esta clase que les servían de pauta, ó en que solo algunas variantes se introdujeron, tienen un carácter particular, una tendencia firme y vigorosa, propia de los tiempos rudos en que nacieron, y el sello de una fe ciega, de una idea fija que se prosigue y continúa hasta con terquedad; que no se discute, porque se cree; que se defiende hasta el martirio, porque se ama; y en fin, que mas que un tesoro se conserva, porque suele ser la esperanza animadora y vivificante de todo un pueblo. Ajenos estos romances de toda pretensión literaria, rimados solo para que mejor se imprimiesen en la memoria, ni han llegado á nosotros cuales fuéron en su primitiva redacción, ni existen en ningun códice, que sepamos, anterior al siglo xvi. Los romances viejos, reformas de los primitivos, tales como los poseemos, pocos parecen anteriores á la segunda mitad del siglo xv, aunque es de presumir que muchos de ellos tienen su origen en otros de tradición oral, mucho mas antiguos. Sin embargo la presunción no pasa de serlo, pues no puede documentarse, aunque el sentimiento íntimo que deja el análisis de los pensamientos, formas y estilo de estas composiciones lo puedan moralmente persuadir, y mas si se atiende á las muchas locuciones y palabras y aun fragmentos que allí se conservan de un lenguaje y de un tipo mas antiguo que el que corresponde á la época en que se presume hecha la supuesta reforma. Trasmítidos á nosotros de memoria, y sin escribirse, deben por lo mismo haber experimentado alteraciones propias de cuanto se confía á ella (18.) El juglar ú hombre del pueblo, inventor ó improvisador de un romance, hoy lo cantaba de un modo, mañana lo alteraba, ó lo añadía, ó lo cortaba; y el pueblo y los otros juglares que lo oían, al repetirlo, lo cambiaban á su antojo, llenando los huecos de lo que le faltaba á la memoria, como Dios ó su ingenio les daban á entender. Tal sucedió sin duda con esta clase de composiciones, que, pasando de boca en boca, hubieron de modificarse mas ó ménos prontamente, segun las costumbres y el idioma se alteraban. ¿Y cómo no habia de ser así, si aun después de escritas é impresas, al copiarse ó reimprimirse, cada copiante ó editor, á pretexto de corregirlas ó completarlas, se creía autorizado á glosarlas, ó á lo ménos á modernizarlas? No igual fué la suerte de los romances sobre asuntos de las crónicas, los cuales se escribían ó imprimían desde luego. Esta moda de remedar los viejos cuando ya el pueblo, falto del espíritu vivificador que le animaba, y separado de los intereses públicos, ni los hacia para sí, ni tenia sus poetas peculiares que lo hiciesen: esta moda, deci-

(18) Ningun códice anterior á la segunda mitad del siglo xvi hemos visto que contenga romances primitivos ó viejos; ningun impreso de la primera, sino el *Cancionero general*, de 1511, donde se hallan; los que hay en él son pocos, y aun en su mayor parte no pertenecen á la época tradicional, sino á la artística del siglo xv. El *Cancionero* es una antología dedicada á imprimir las obras de los poetas cultos y cortesanos que florecieron en los tiempos de Juan II, de Enrique IV, y en particular de los Reyes Católicos; por eso, sin duda, Hernando del Castillo, que lo publicó, no hizo aprecio de las composiciones popula-

res. Estas no hallaron cabida ni en códices, ni en impresos que conozcamos, hasta que, segun se dice, recogidas de la tradición oral, se publicaron poco ántes y poco después de mediar el siglo xvi, en pliegos sueltos, ó en colecciones como el *Cancionero* y la *Silva de Romances* (*).

(*) Exceptuábase de esta regla general el códice todo de romances, de cuyas reminiscencias se formaron los de la *Infanta de Francia* y el *Príncipe de Ungría*; pero no nos atrevemos á hacerlo porque se ha perdido, y éramos cuando lo examináramos demasiado jóvenes é imperitos para poder juzgar con buen criterio de su antigüedad.

mos, nació á mediados del siglo xvi, y los autores de tales composiciones (19) afectaban, sí, el estilo, lenguaje y ruda expresion de los romances primitivos y de los viejos de tradicion oral; exageraban sus barbarismos y solecismos, pero los despojaban de la sencilla espontaneidad propia de los originales. A pesar de todo, los romances de que vamos tratando, por mas que hayan sido alterados, presentan medios muy á propósito para penetrar y discernir, mejor que en las historias oficiales, el carácter moral y social del pueblo que los creó y trasmitió, y que luego los aceptó reformados y alterados segun lo exigia el espíritu progresivo de la civilizacion que alcanzaba. Los romances viejos populares y sus imitaciones popularizadas, debieran ser los elementos de nuestra epopeya nacional, si nos fuese posible alcanzarla, porque allí se contenia, como dijimos en otra parte, toda la ciencia, la fe, los hábitos y costumbres del pais, formadas en el trascurso de muchos siglos, y arraigadas en los corazones; porque allí se veia el pueblo pintado á sí mismo, y retratados en los hechos sus sentimientos y sus glorias; porque allí se le presentaba su civilizacion, y porque era el medio único que tuvo de conservar en la memoria, con lenguaje y formas al alcance de su inteligencia, aquellos hechos y virtudes que amaba recordar, y aquellos vicios que deseaba contener ó castigar. Estos elementos de un gran poema, cuyos semejantes formaron los de otros paises y naciones, comenzaron á germinar desde los primeros tiempos de la semi-monarquía asturiana, y se completaron en el último tercio del siglo xvi, en cuya época, en vez de una epopeya, produjeron el teatro nacional, que Lope de Vega adivinó y realizó por el pueblo y para el pueblo. El instinto y el ingenio de este gran poeta abrieron el camino que tenian obstruido los eruditos y los trovadores que imitaban una literatura de origen extraño; y la inspiracion popular se apoderó del arte, de la riqueza de la lengua, del colorido poético, y de todos los adelantamientos y modificaciones que habiamos adquirido y experimentado en nuestra sociedad. Desde entónces los romances reconquistaron su tipo característico, y se convirtieron en drama, como las rapsodias de los griegos se hicieron epopeyas; desde entónces los juglares y cantores se cambiaron en comediantes, y corrieron las ciudades, villas, lugares y aldeas, representando farsas y dramas, cual habian recitado y cantado los romances.

Pasemos á exponer el método y orden adoptado en el *Romancero* de los históricos.

Se han dividido, segun los asuntos de que tratan, en secciones, y estas en épocas históricas, cuando lo admiten.

Comprende la primera seccion los romances referentes á la historia sagrada. Es muy escaso el número de los viejos tradicionales que aquí se hallan.

La segunda es la de los tiempos mitológicos. Está dividida en la época griega y la romana: las composiciones pertenecen casi todas al último tercio del siglo xvi, es decir, á la época artística.

La tercera seccion contiene los romances concernientes á la historia de Asia y las dos Grecias, con los que versan sobre dichos y hechos de algunos filósofos: igualmente corresponden sus composiciones á la misma época que las de la anterior.

La cuarta concierne á la historia de Roma, y está subdividida en estas épocas: la de los primeros reyes romanos, la de la República hasta las guerras Púnicas,

(19) Lorenzo de Sepúlveda, Timoneda y otros de su clase crearon ó siguieron esta escuela, que seguida por otros mejores poetas del siglo xvi pro-

dujeron algunos, y aun puede decirse que muchos, de los mejores romances del Cid.

la de dichas guerras hasta la destruccion de Numancia, la de las guerras civiles hasta su fin, y la del Imperio Romano. Poquísimos romances viejos existen en ella. Los imitados ó formados por poetas de la última mitad del siglo xvi, son casi todos malos é hinchados, sin que por eso dejen de ser útiles á nuestro plan, pues conservan tradiciones populares. Los romances de esta y de la segunda y tercera seccion son en general tan viciosos, tan faltos de buen gusto y tan pedantescos, que á no ser porque entraba en nuestro plan el documentar todas las fases por donde pasó nuestra literatura popular ó popularizada, se deberian haber omitido del todo. Nos pesa gravemente la culpa de haberlos prodigado en demasía, sin mas motivo que el de ser raros y escasos los libros donde se hallan.

La quinta seccion, relativa á la historia de España desde los godos hasta despues de mediar el siglo xvii, está dividida en tantas épocas como soberanos ha habido. En la que corresponde á cada uno se ponen los romances que tratan de los hechos, generales y particulares, acaecidos durante su dominacion. Despues de las épocas de los godos se siguen las de los reyes de la raza asturiana directa, y allí se colocan los romances de Bernardo del Carpio, de los condes de Castilla, de los Infantes de Lara, del Cid, de Garcí Perez de Vargas, de Don Alvaro de Luna, etc., y mas adelante los de las guerras de Granada, con los de los hechos de Pulgar, de Garcilaso de la Vega, de Abindarraez y Narvaez, de los maestros de Santiago y de Calatrava, y de muchos valientes moros que, aun despues de vencidos en la guerra, todavía combatian en batallas singulares con los caballeros cristianos. En esta seccion se comprenden ademas los romances que versan sobre hechos contemporáneos á ellos: tales son los de las guerras contra los moriscos de las Alpujarras, y las de Carlos V y Felipe II contra los turcos. Entre estos se hallan los de la conquista de Tunez, los de la Santa Liga, y de la batalla de Lepanto, etc. Los mas interesantes que hay en esta seccion son sin duda los viejos, que narran las incursiones que mutuamente hacian los alcaides y soldados en los territorios fronterizos que guardaban. Su mayor parte puede considerarse compuesta por los que intervenian en las acciones de guerra, y en los tratos mutuos que se hacian, y que comunicados directamente por ellos á los juglares, despues de metrificarlos los propagaban en toda la nacion.

La sexta se compone de romances que se refieren á diversas épocas de las crónicas de los reyes de Castilla y de Leon, y que por no haber llegado á nuestra noticia las tradiciones que refieren, no hemos podido colocarlos convenientemente en ninguna de las conocidas. Todos ellos corresponden á los que calificamos como primitivos, ó á la clase de los viejos, en que aparecen reformados.

La séptima, octava y novena corresponden á las dinastías de Navarra, de Aragon y de Cataluña, que abundan en romances viejos. Se han colocado estas últimas aisladas de la sexta, y entre sí, porque no interrumpen unas á otras la marcha de los hechos particulares á cada una, causando mas confusion de la que resulta ahora por el orden seguido.

La décima contiene los romances que tratan de asuntos de paises extraños: v. gr. de la historia de Portugal, de Italia, etc.; entre los cuales hay algunos viejos y muy interesantes.

A diferencia de los caballerescos españolizados, considero los viejos romances sobre la historia española de la edad media, como los solos originales y libres de toda imitacion extraña, inclusa la que pudiera venirnos de los moros. A esta solo pertenece un corto número, ya de los novelescos, ó ya de los semi-históricos, que tratan de las guerras contra los moros de Granada. Aun los que desde principios á fines del segundo tercio del siglo xvi remedaron á los antiguos, participan de la ventaja de ser puramente nacionales, pues su imitacion recayó sobre